

## CONFERENCIAS

### LUCENA, EN SU EPOCA DE ESPLENDOR \*

EN los azares de la civilización los focos más esplendorosos, las flores más exquisitas, brotan providencialmente por el concurso de una serie de circunstancias favorables y a veces por arte de milagro, en diversos parajes del mundo. Dios distribuye sus gracias cuando, donde y como le place. En ese reparto de los tesoros del espíritu España fue siempre largamente favorecida por la divina Providencia, y Lucena tuvo durante varias centurias del Medievo la consideración de ciudad privilegiada.

En el raudo aeroplano de nuestra fantasía vamos a volar a los siglos medievales, cuando España ofrecía el llamativo espectáculo de un mosaico de reinos ue hablaban diversas lenguas y profesaban diferentes religiones: algo semejante, aunque en estratos diferentes, a lo que durante la primera mitad de nuestro siglo ha venido ocurriendo en el imperio magrebino, bajo el Protectorado de esta secular madre de naciones que es nuestra querida España, y en otros países de Asia y Africa.

Eterna gratitud merecen aquellos nobles paladines de la Cruz que en épica contienda de ocho siglos lograron la unidad religiosa, base de toda la grandeza hispana, y juntamente la unidad nacional: gesta memorable que culminó junto a la Alhambra de Granada en los albores mismos del año 1492. Pero no ha de ser esto motivo para odiar a esos pueblos que durante tanto tiempo

---

\* Conferencia pronunciada en el Centro de Enseñanza Media y Profesional de Lucena.

vivieron en el solar ibérico, por singular destino de la Providencia, y a los cuales quedó vinculada para siempre una parte importantísima de nuestra historia. Nuestras instituciones, nuestra idiosincrasia, nuestra literatura, nuestras artes y nuestra lengua han experimentado profunda influencia de esos pueblos y razas, y deber nuestro es conservar piadosamente ese legado, mirando con fraternal simpatía a esos antepasados que con el mismo título que nosotros se gloriaban de ser españoles y amaban tanto a este bienhadado país.

Bien sabéis me refiero a los árabes y los judíos. Recordemos, según la insistente afirmación de Menéndez y Pelayo, que gran parte de lo que se llama civilización árabe o musulmana, como igualmente la judaica medieval, que a tanta altura rayaron, son realmente facetas luminosas de nuestra polícroma civilización, a las que acertadamente llamamos hispanoárabe y hebraicoespañola.

\* \* \*

No pretendo exponer en una hora la historia completa de Lucena, ni siquiera limitándonos a la Edad Media; pero sí quisiera hacer revivir ante vuestra consideración su época de máximo esplendor. Al hacerlo, desplegaremos simultáneamente un amplio panorama de esa historia hispanojudía, que, repito una vez más, es nuestra propia historia; el cuadro abarcará unos trescientos años, y constituye como la edad de oro —en sentido propio y figurado— de esta ínclita ciudad.

Prescindamos de la oscura cuestión que plantea la significación etimológica del nombre de Lucena, como también de las variantes que presenta en los escritores árabes y hebreos<sup>1</sup>. Del todo improbable parece, lo mismo en el aspecto lingüístico que en el orden histórico, el origen que San Isidoro le asigna en sus *Etimologías*, haciéndolo derivar de Elio Adriano, puesto que existía muchos siglos antes de este emperador romano. Aún más descabelladas son otra hipótesis, basadas en quiméricas leyendas, con la que relaciona este topónimo con Elisa Dido, la prin-

<sup>1</sup> *Alšana*, *Alšana* o *Ališana*, *Aluřana*, *Elūsana*, *al-Yussāna*, *Elyosanna*, *Ulišana*, *Elisana*, *Elusena*, etc. El arabista Casiri transcribe *Eliosana* y también *Albasana*, y otros, *Alvesina*, *Al-Osuna*, etc.

cesa fenicia y legendaria fundadora de Cartago, inmortalizada por Virgilio.

«Poblada en su totalidad de israelitas desde tan remota antigüedad que no han faltado por cierto notables historiadores para quienes se refiera su fundación a la antigüedad fenicia», afirma el historiador J. Amador de los Ríos<sup>2</sup>, aunque nada apenas sepamos de su prístina historia con anterioridad al Medio Evo, como ocurre con las de tantas ilustres ciudades españolas, que se adivina su antigua prosapia por el alto grado de esplendor que consta habían alcanzado ya en los tiempos del emirato, pues su renombre llegaba hasta el Oriente, como seguidamente indicaremos.

Ante todo recordemos el hecho singular, quizá único en la historia del Islam, de una ciudad enclavada en el corazón mismo de los dominios sarracenos de la Península, y que, no obstante, según el testimonio irrecusable de los mismos historiadores árabes, estaba habitada exclusivamente por judíos, sin que pudiera morar en su recinto ningún musulmán: esta ciudad es Lucena. Los musulmanes se agrupaban en un arrabal extramuros de la ciudad, y allí tenían su mezquita. Varias fueron las ciudades que por su destacada población israelita fueron designadas por los historiadores árabes con la denominación específica de «ciudad de los judíos», entre ellas Granada y Tarragona; pero ninguna alcanzó jamás, por grande que fuese la demografía judaica en ella radicada, la autonomía y rango de Lucena.

Tan insólita y privilegiada condición ya se adivina no fue obra del azar, como tampoco de un golpe de audacia, sino que obedecía al extraordinario arraigo y preponderancia que allí tenían los judíos desde tiempos muy remotos. No parece arbitraria o errónea la opinión, aunque no esté plenamente demostrada, de los que suponen fue fundada esta ciudad por los fenicios y habitada por los hebreos que con ellos vinieron a España. La Biblia, en la historia de Salomón (I R 10<sup>22</sup>), habla de estas expediciones transmediterráneas que las naves del Rey Sabio efectuaban cada tres años, junto con las del rey de Tiro, a Tarsis, identificada modernamente con Tartesos, en la Península Ibérica, es decir, el

---

<sup>2</sup> *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, Madrid, 1875, t. I, p. 287.

extremo occidental de las excursiones fenicias. Núcleos expedicionarios hebreos se asentaron con toda probabilidad en diversos parajes de la Península, primeramente en las costas y después tierra adentro, constituyendo numerosas colonias, de las cuales da testimonio, según algunos, aparte de otros indicios, la toponimia de ciertos lugares y villas.

De este número pudo ser Lucena, poco más lejos del mar que Granada, donde desde antiguo se asentó un fuerte contingente israelita, tan próxima como Sevilla, y centro geográfico, base para las transacciones comerciales, de las seis capitales andaluzas más importantes, dos marítimas y cuatro terrestres. Emplazada, además, en una feracísima campiña, abundante en mieses, viñedos y olivares, su situación era inmejorable para el desarrollo de intensa actividad comercial por tierra y mar, y llegar a ser, como en efecto ocurrió, un gran emporio mercantil.

Sabemos que en la invasión árabe, al desparramarse las huestes vencedoras de Táriq y Muza por los ámbitos de la Península, como un reguero de pólvora, los judíos les prestaron benévola acogida y eficaz ayuda, y en los lugares donde existían fuertes núcleos de población hebrea los invasores dejaban una pequeña guarnición, que, reforzada con el apoyo de aquélla, bastaba para mantener sumisos a los amedrentados habitantes.

En Lucena, por su preponderante y hasta quizá total población judía, de donde habrían huído los escasos cristianos que la habitaran, ni siquiera sería preciso dejar ninguna fuerza militar, con lo cual el fuero de los moradores judíos se acrecentó y confirmó —quizá hasta con estipulaciones concretas— hasta los términos inverosímiles que vemos de hecho y de derecho durante varios siglos y antes hemos mencionado.

Como quiera que sea, la fama de esta ciudad y su peculiarísima condición ya habían llegado hasta el Oriente Próximo en el siglo siguiente a la invasión agarena, pues en un documento hebreo de mediados del siglo IX se consigna que Lucena es una ciudad judía (*māqôm Yiśrael*), en la que viven muchos israelitas, sin que entre ellos habiten otras gentes<sup>3</sup>. Diversos testimo-

---

<sup>3</sup> Se trata de una de las *Tēšubôt* o *Responsa* del gaón Naironay, jefe de la Academia de Sura. Estas «Respuestas» eran contestaciones que los rabinos más prestigiosos

nios de escritores hebreos y árabes corroboran este aserto. Así el geógrafo árabe del siglo XII Al-Iḍrīsī<sup>4</sup> afirma esto mismo y describe la ciudad rodeada de fuertes murallas y anchos fosos, adonde afluían copiosos canales, después de regar el centro de la población, y formando, por su hermosura y magnificencia, una de las más bellas moradas que pudiera imaginarse. Y añade: «Eran allí los judíos más ricos que en ninguna otra región sometida a los dominios del Islam, y andaban muy sobre aviso contra las empresas de sus rivales», es decir, los sarracenos; observación, esta última, en que apunta la inveterada animosidad agarena contra los judíos, tan frecuente, en sus dichos y aún más en sus silencios, en los escritores árabes al referirse a los individuos de estirpe israelita.

\* \* \*

Permitidme una rápida digresión histórica, para mejor encuadrar los acontecimientos relativos a nuestra ciudad. Conocidos son los ocho ciclos que van jalonando durante otros tantos siglos la dominación musulmana en España. Al *Emirato dependiente* de los califas de Damasco, que duró algo menos de medio siglo (711-755), con sus veintidós emires, sucede el *Emirato independiente*, instaurado por °Abd al-Raḥmān I ben Moavia, descendiente de los destronados Omeyas, que dura más de siglo y medio (755-912), con sólo siete príncipes soberanos, hasta °Abd al-Raḥmān III (912-961), que durante cincuenta años rigió con mano fuerte los destinos del Islam español, y a los diecisiete años de su reinado se proclamó Califa, *Amīr al-mūmīnīn* (Príncipe de los creyentes). Un siglo se mantuvo el *Califato cordobés*, durante el cual llegó a la cúspide de su esplendor la civilización arábigo-española. Tres sultanes, °Abd al-Raḥmān III, Al-Ḥakam II y Hišān II, éste representado por su hábil ministro, el célebre Almanzor, sostienen durante cerca de un siglo el grandioso edificio del Califato, cuya ruina se va precipitando por espacio de

daban a las consultas sobre cuestiones religiosas, jurídicas, rituales, etc., que les eran dirigidas por las comunidades de todo el mundo.

<sup>4</sup> *Nuzhat al-muštāq*. Descripción de Africa y España, edic. y trad. por R. Dozy y M. de Goeje, Leyde, 1866.

otros veinte años, en los que se suceden nueve reinados en la persona de seis soberanos —tres de ellos ocupan el trono dos veces—, hasta que entre sangrientas convulsiones y estertores de agonía se derrumba aquella obra maestra de °Abd al-Raḥmān III.

Como consecuencia de la desmembración del Califato, van surgiendo como por arte mágica en toda la España musulmana, que a la sazón ocupaba los dos tercios de la Península, no menos de treinta diminutos reinos de *Taifas* o «banderías», que de continuo se hostilizan entre sí y rivalizan con plausible emulación en el cultivo de las letras y las ciencias.

En las postrimerías de ese siglo XI, bullicioso, literario y frívolo, de la España musulmana, cruzan el Estrecho los *almorávides*, que en poco tiempo logran sojuzgar casi todos esos pequeños reinos, mientras el empuje de los reyes cristianos del Norte iba ensanchando paulatinamente los dominios de la Cruz. Pero los almorávides —etimológicamente los «ermitaños» (*morabitūn*)—, a pesar de su origen religioso, cayeron pronto en la corrupción, provocaron el general descontento y estalló la revolución contra ellos para derrocarlos. Sucede en algunas regiones de la Península un 2.º período de reinos de *Taifas*, constituyéndose doce efímeros principados.

Mientras tanto allende el Estrecho surge una nueva secta, la de los *almohades* o «unitarios», que en breve absorberá todo el poderío almorávide y esos minúsculos estados. Después de extenderse rápidamente por casi todo el Norte de Africa, a mediados del siglo XII invaden la Península y sojuzgan los últimos reducidos del decadente imperio almorávide, logrando constituir, sobre las ruinas de éste, otro nuevo, de tanta o mayor extensión. Efímera fue la dominación almohade: era un coloso con los pies de barro. Lo que más caracterizó a estos invasores fue su fanatismo e intransigencia, pues a todo trance querían imponer el credo musulmán a judíos y cristianos, reduciéndolos a la tremenda alternativa de apostasía o muerte. La sangre corrió a raudales y las aljamas judaicas de la España musulmana quedaron despobladas. Tras el golpe mortal que los almohades recibieron en la batalla de las Navas de Tolosa (1212), aún se mantuvieron en la Península por espacio de medio siglo; pero la reconquista cristiana prosiguió a pasos agigantados, sobre todo por obra de Fer-

nando III el Santo, de Castilla (1217-1252), y Jaime I el Conquistador, de Aragón (1213-1276).

Finalmente, los *benimerines*, que imperaban en Marruecos desde mediados del siglo XIII, efectúan frecuentes incursiones interviniendo en las contiendas peninsulares; marcan el último ciclo de la dominación musulma en España, que, a partir del último tercio del siglo XIII no tuvo otro bastión que el reino de Granada, el cual aún se mantuvo en pie durante más de dos siglos, hasta las postrimerías del siglo XV (1492), final de la Reconquista.

\* \* \*

¿Cuál fue en el curso de estos períodos la suerte de la judaica Lucena? Durante el *Emirato*, en sus dos fases, los judíos españoles, y por ende los moradores de Lucena, gozaron de tranquilidad y bienestar, dedicados principalmente al comercio. De este modo se van asentando sobre firmes bases algunas comunidades israelitas, y la de nuestra ciudad adquiere rango y prosperidad verdaderamente notables. Un suceso acaecido, al advenimiento de los almorávides, que después referiremos, pone de manifiesto el extraordinario nivel de riqueza que había alcanzado la aljama lucentina. Esta gozaba de las mismas y aun mayores inmunidades que las radicadas en las grandes ciudades musulmanas. Un presidente, o Rab mayor, elegido por la propia comunidad, en virtud de privilegio real, ejercía la triple jurisdicción civil, criminal y religiosa. De él dependían los *dayyanes* o jueces menores, como también los sacerdotes. Solamente los asuntos de pena capital estaban reservados a la alta autoridad musulmana, como igualmente a la potestad de la Corona en los reinos cristianos. Por lo demás el régimen interno tenía cierto sello patriarcal a estilo bíblico, y descansaba en el concurso de los «ancianos de la ciudad» y los padres de familia. Sin embargo, allí, como en los demás lugares sometidos al imperio de la Media Luna, pesaba sobre los hebreos el tributo de la capitación, como signo ominoso de servidumbre; seguían siendo, a pesar de todo, *ahl al-dimma*, «la gente del tributo».

Hasta la época del Califato, ya fuese por falta de ambiente cultural adecuado o de tradición local, no mostraron los judíos españoles especial dedicación al cultivo de las letras; sus acti-

vidades se desplegaban más bien por los anchos y lucrativos cauces del comercio e industria. Con esa movilidad típica del judío medieval, actuaban como órganos de intercambio dentro del país, y aun en el extranjero. En sus manos estaba el comercio de pieles finas y raras, perfumes y elementos diversos de la vida musulmana, como eran los guardianes de los harenes. Consta, en efecto, que existía aquí, como en Verdun (Francia), un establecimiento dedicado a habilitar para tales menesteres a jóvenes cautivos. Pero no nos indignemos demasiado si tenemos en cuenta, aparte de las costumbres de la época, que también hubo príncipes cristianos que se habían obligado a suministrar anualmente cierto número de mancebos con idéntico destino.

Dato muy significativo de que las preocupaciones de orden material no habían ahogado ese afán perpetuo de espiritualidad e idealismo que late en el fondo del alma israelita, contra los que creen a Israel un pueblo totalmente metalizado, es la correspondencia que los hebreos de Lucena mantienen por aquella época con los sabios doctores de las Academias de Sura y Pumbedita, allá en Mesopotamia, y que a la sazón eran los rectores espirituales de Israel en la Diáspora. El antes mencionado Natronay, jefe supremo de la Academia de Sura, en 853, a requerimiento de la comunidad lucentina, compone un ritual de preces cotidianas para el uso diario de la misma y otras que lo adoptaran. Las dudas y vacilaciones en cuanto a la ordenación del culto litúrgico sinagoga y la aplicación del complicado derecho talmúdico, hacían necesarias en aquellos tiempos de dispersión y aislamiento esas consultas de las comunidades judías a los sabios maestros de aquellas prestigiosas academias, verdaderas universidades rabínicas, que a partir de la Diáspora, por espacio de un milenio, realizaron tan intensa labor intelectual. También tuvieron relaciones las comunidades españolas, entre las que tan destacado lugar ocupaba Lucena, con la otra academia hermana radicada en el país de Babilonia, pues consta que Paltay, gaón de Sura (842-858), les envió una copia del Talmud y de la exégesis del mismo.

Esto demuestra la comunión espiritual existente entre las comunidades judaicas diseminadas por todo el orbe, y, por lo que a Lucena se refiere, nos da la clave de su posterior engrandecimiento cultural. «El temor de Dios —es decir, la religiosidad sinceramente sentida— es el principio de la sabiduría»: es una má-



xima reiteradamente inculcada en los libros sapienciales de la Biblia. La aljama de Lucena, que tan grande brillo había de alcanzar en el campo de las Letras y las Ciencias en los periodos siguientes, asentaba de ese modo las bases más firmes para el florecimiento del saber. Por otra parte, «la sabiduría del escriba se acrecienta con el bienestar, y el que goza de holgura puede hacerse sabio», dice el Eclesiástico, el libro sapiencial más completo y luminoso del Antiguo Testamento (38<sup>25</sup>). «El amor de la verdad requiere un santo ocio», afirma, recogiendo el mismo pensamiento bíblico, uno de los más grandes talentos que han existido, el Doctor de Hipona. «La douce oisiveté du sage», dice un escritor francés.

También hay memoria, según un testimonio del cronista hebreo medieval Abraham ben David (1110-1180), de una carta que el famoso Saadíás (m. 942), la figura de mayor relieve en el judaísmo oriental en la época postalmúdica, escribió a las comunidades de España, y entre las siete que menciona como más destacadas figura Lucena, después de Córdoba y Elvira (Granada).

No tardaron en dar sazonados frutos de cultura las excelentes disposiciones y certera orientación de los hebreos lucentinos; y así vemos en la época del *Califato* y tanto o más en la siguiente, de los reinos de *Taifas*, a Lucena convertida en un emporio del saber y la cultura, al par que lo era del comercio e industria. Por obra principalmente de un personaje extraordinario de estirpe judaica, Ḥasday ibn Saprut, poderoso dignatario de la corte de °Abd al-Rahmān III y de su sucesor Al-Ḥakam II, juntamente con el esplendor que irradiaba la cultura árabe, de la cual fue también dicho judío eficaz propulsor, y una serie de felices emergencias, a mediados del siglo X se inicia un florecimiento de las Letras hebraicas en España con tal pujanza que tras un breve período de iniciación, el cual dura apenas unos decenios, brilla con todos los esplendores de venturosa epifanía una época áurea todavía no igualada en la literatura hebrea postbíblica. El centro y el cetro de la cultura hebraica se transfiere de Oriente a España, y, lo que es más asombroso, en ese resurgimiento cultural hebraicoespañol hay auroras y creaciones que preceden cuatrocientos o quinientos años al Renacimiento clásico europeo de los siglos XV y XVI.

Córdoba se convierte en una «casa de las ciencias», *dār al-*

‘ulūm, hasta el extremo de emular a la ya decadente Bagdad, corte de los abbasíes (762-), sucesores de los omeyas. «En los días de Ḥasday ibn Saprut los poetas hebraicos comenzaron a balbucear» —dice el antes mencionado cronista hebreo en su *Libro de la Tradición*, y podemos añadir que pronto se convirtieron esos balbuceos en sonoros cánticos de ruisñores. Juntamente con la poesía se cultivan los estudios gramaticales y lexicológicos, inseparablemente unidos y encaminados a adiestrar el viejo idioma bíblico, convirtiéndolo en eficaz instrumento de cultura; pero la última y elevada meta de esa actividad lingüística es la exégesis escrituraria, en que la escuela española realizará una labor admirable, quizá aun no bien comprendida ni sobre todo aprovechada.

En Córdoba se constituye una importantísima Academia de estudios talmúdicos y hebraicos, cuyo nivel eleva a gran altura R. Mošé ibn Ḥanok, uno de los cuatro doctores de la antes aludida Academia de Sura, que venían a España en busca de ayuda pecuniaria para sostener aquella declinante escuela y fueron apresados por Ibn Rumahis, almirante de la armada califal de Córdoba, y, vendidos como esclavos sin saber sus altas prendas, fueron rescatados por la comunidad cordobesa.

Movida por una noble emulación, la rica aljama de Lucena no tardó en atraer a su seno sabios maestros y estudiosos discípulos, que tal vez preferían la quietud paradisíaca de una ciudad próspera y laboriosa, de moderada población, totalmente judía, al bullicio y agitación de la opulenta corte califal. Y surge la Academia de Lucena, no ya sólo como avanzada de la cultura que irradiaba la de Córdoba, sino como un foco luminoso que brillaba con propios e inequívocos resplandores y que llegó a eclipsar al *Alma Mater* cordobesa.

A la muerte (965) del citado R. Mošé ibn Ḥanok, Juez mayor y jefe de la Academia de Córdoba, planteóse la cuestión de quién sería el sucesor, y con tal motivo se produjeron acras disensiones entre los judíos de Córdoba y los de Lucena, prueba fehaciente del poderío y prestigio que éstos habían alcanzado.

En la generación siguiente al instaurador del saber talmúdico en España, segunda mitad del siglo X, brillan dos grandes maestros, R. Ishaq ibn Chicatella y su homónimo R. Ishaq ben Leví ibn Mar Saul, naturales ambos de Lucena, y que en esta ciudad desarrollaron una gran actividad docente. «Mantuvieron polémica-

cas entre sí —dice de ellos Mošé ibn ʿEzra en su *Libro de Poética*—, pero Ibn Chicatella era el más agudo y más destacado de los dos, porque su ilustración en la literatura arábiga era mucho más copiosa»).

De ambos fue discípulo en la primera década del siglo XI el gran filólogo Yoná ibn Yanāḥ, natural de Córdoba (n. circ. 993); bajo su magisterio adquirió sólida formación lingüística en su adolescencia, y a pesar de que no prodigara los nombres de personas en sus obras, a los dos los menciona con el respetuoso título o consideración de maestros suyos. No deja de ser curioso que este personaje tan ilustre en las letras hebraicoespañolas, llamado «Príncipe de los gramáticos» y «el más grande de los hebraístas medievales», siendo natural de Córdoba, que a la sazón aún se hallaba en su apogeo, quisiera perfeccionar sus estudios en la Academia de Lucena; esto indica la alta reputación que gozaba.

Dicen los beneméritos investigadores de las letras hebraicas señores Derenbourg (padre e hijo)<sup>5</sup>:

«Lucena debía de ofrecer igualmente notable pujanza en la enseñanza talmúdica. En una ciudad tan importante se encontraban a buen seguro antiguos discípulos de R. Mosé ben Ḥanok, el fundador de estos estudios en la España musulmana en el siglo X; y si no conocemos los nombres de los doctores que a principios del siglo XI se hallaban a la cabeza de esta comunidad, es indudable que sabios como R. Ishaq ben Yehudá ibn Gayyāt, originario de Lucena, e Ishaq ben Yaʿqob al-Fāsi, que le sucedió, hubieron de tener destacados predecesores.»

M. ibn ʿEzra, aparte de los mencionados, solamente está como correspondiente a la última etapa del Califato, entre otros varios poetas desconocidos y aun de nombre dudoso, a tres de Lucena. «En este tiempo —dice— vivieron en Lucena el príncipe Abū-l-Walīd Hasday, Abū Subaymān ben Rasla (?) y Abū Ibrāhim ben Barún, apellido este último que ilustraron autores posteriores. Deben de ser figuras bastante destacadas, puesto que a continuación nombra otros «inferiores a ellos en cualidades», alguno, sin

<sup>5</sup> *Opuscules et traités d'Abou'l-Walid Merwan ibn Djanah de Cordoue...*, par Joseph Derenbourg et Hartwig Derenbourg. París, 1880, p. IX.

embargo, de cierto relieve, como «Ibn Halfon, el poeta por antonomasia, primero de los petas hebraicos que hizo de su poesía un medio de vida».

Durante el período de Taifas, Lucena, sólidamente asentada en su prestigio cultural y su prosperidad comercial, es la Meca de las letras hebraicas. Como representantes de la generación inmediata a Semuel ibn Nagrella, el famoso visir de los reyes ziríes de Granada, gran literato y preclaro mecenas, es decir, la segunda mitad del siglo XI, cita Abraham ben David, antes mencionado, a «los cinco Ishaq»<sup>6</sup>, porque todos estos prestigiosos maestros llevaron ese nombre. De ellos el segundo, Ishaq ben Gayyāt (1038-1089), y el quinto, «el más grande de todos», R. Ishaq bar Ya'qob al-Fāsi (1013-1103), están vinculados a la ciudad de Lucena; aquél por ser nativo de esta población y haber vivido en ella, y el otro porque se estableció en la ciudad, donde pasó los últimos años de su larga vida, pues murió nonagenario, dedicado al magisterio talmúdico, de palabra y por escrito.

El citado cronista judío, que tan preciosos informes nos ha conservado sobre el jadaísmo español hasta mediados del siglo XII, nos da algunos detalles instructivos acerca de estos dos personajes. R. Ishaq bar Yehudá, el maestro ben Gayyāt —dice— era de los magnates de Lucena, amante de la sabiduría y estudioso de la Ley. Los dos visires de los reyes ziríes de Granada, Semuel ibn Nagrella y su hijo Yosef, que le sucedió en la privanza, le honraron y ensalzaron; y cuando éste último murió con otros tres mil judíos en el famoso pogrom granadino de 30 de diciembre de 1066, su hijo Azarías —Abū Naṣr, según Mosé ibn °Ezra— se acogió a la hospitalidad de Lucena, donde Ibn Gayyāt «le educó y le quiso como si fuese su propio hijo». Hasta le destinaba como «jefe de la comunidad de Lucena y del resto de las comunidades de España, a pesar de que era joven todavía» —dice Abraham ibn David—. La muerte cortó en flor estos propósitos, pues a los veinte años murió este ilustre vástago de los Ibn Nagrella, y fue sepultado en Lucena. El citado poeta y preceptista granadino estampa de él, a pesar de su corta vida, el siguiente cumplido elogio: «Este varón no tuvo rival por la profundidad

<sup>6</sup> Llama el autor del *Libro de la Tradición* a estos cinco «la generación segunda del Rabinato», que sucede al Gaonato oriental.

de sus conocimientos entre los estudiosos hebreos; compuso poesías muy suaves que arrebatában el espíritu». Su maestro lucentino, Iṣḥaq ibn Gayyāt, de quien venimos hablando, «añadió a su sabiduría y conocimiento de la Ley, el ser gran poeta y sabio en la ciencia de los griegos; enseñó mucho la Ley y formó numerosos discípulos», dice el cronista mencionado<sup>7</sup>. Y Moṣé ibn ʿEzra, que fue discípulo suyo en Lucena, traza de él la siguiente semblanza literaria, coronada con una fervorosa ponderación del caudal de su ciencia:

«Este poeta era una fuente de elocuencia y un manantial de poesía; dominaba los secretos de la lengua hebrea, así como los de la lengua aramea; escribió diferentes composiciones literarias y brillantes poesías. Con gran sentimiento cantó a los sabios de su tiempo y endechó a los primates de su generación. Compuso varios tratados sobre la Halaká y el lenguaje, no dándose punto de reposo hasta que podía esclarecer en lo posible cualquier cuestión. Sobrepasó a sus antecesores en el número de sus composiciones didáctico-morales y laudatorias, y en las poesías panegíricas y elegíacas, si bien no compuso muchas piezas sujetas a la métrica, a causa de que sus conocimientos en la ciencia de los árabes eran escasos. Pero supo emplear palabras llenas de suavidad y de fácil comprensión; sus poesías eran recitadas y transmitidas de boca en boca. La parte de sus obras que yo poseo no es sino como una gota en comparación con el océano o como una chispa junto al fuego.»

Este juicio tan encomiástico lo confirma otro autorizado informador de las letras hebraicas medievales, Selomó al-Ḥarizí, el último gran prosista hispano-judío (s. XII-XIII). Desgraciadamente parte considerable de la producción de este autor, gloria de Lucena, no se ha conservado; con todo, han llegado a nosotros bastantes poesías sagradas<sup>8</sup>.

El otro de los dos ilustres personajes citados, que honra a Lu-

<sup>7</sup> Nos da, asimismo, los siguientes datos respecto a su muerte: «Habiendo enfermado de muy grave dolencia, sus criados le llevaron a Córdoba para que se curase y allí murió en un día de sábado. Los criados le sacaron muerto de Córdoba y anduvieron toda la noche hasta que se les hizo de día en Lucena, donde fue enterrado con sus padres».

<sup>8</sup> Véanse más detalles y ocho composiciones suyas en J. MILLÁS: *La poesía sagrada hebraico-española*, págs. 84-86 y 231-240.

cena en este período, es Iṣḥaq al-Fāsi. El autor del *Libro de Poética*, aunque hace constar que «como no compuso ninguna poesía, no puede incluirle entre los poetas», hace de él, no obstante, muy honorífica mención en estos términos:

«Fue de ánimo esforzado y muy piadoso, cualidades en las que no tenía semejante, y su inteligencia lucidísima no admitía rival; profunda era su ciencia como la de ninguno, y su pluma vigorosa le ponía sobre toda posible discusión.»

Sin embargo, deducimos debía de ser inclinado a la polémica, por lo que en seguida apuntaremos. Víctima de la calumnia, huyó de su tierra (Fez) y se refugió en España el año 1088, según Abraham ben David; y tras breve estancia en Córdoba, establecióse en Lucena, donde permaneció hasta su muerte, «a la edad de unos noventa años, después de haber formado muchos discípulos, y siendo notoria su fama por todo el mundo. Compuso las *Halakot* —decisiones jurídicas— que son como un pequeño Talmud; desde que murió R. Hay —último gaón de Pumbedita (939-1039)— no se encontró nadie igual a él en sabiduría».

A la muerte de al-Fāsi, dos poetas eminentes rivalizaron en el noble empeño de ensalzar su memoria: Mošé ibn ʿEzra, discípulo de ibn Gayyāt, y Yehuda ha-Leví, discípulo del propio al-Fāsi. La elegía que el segundo compuso, de tonos hiperbólicamente exaltados fue elegida como epitafio del gran maestro.

El mismo cronista consigna una grave disputa entre este sabio talmudista y el antes mencionado R. Iṣḥaq ibn Gayyāt. Mayor todavía y de particulares consecuencias fue la que sostuvo con Iṣḥaq bar Baruk, Albalia, cordobés y oriundo de Mérida, primero del quinario anteriormente indicado y famoso astrónomo del rey Almutamid<sup>9</sup>. Al morir, en Granada, después de la caída del rey, Baruk, poeta sevillano, le encargó a su hijo, de 17 años, se entrevistara con al-Fāsi y le dijera de su parte: «Yo salgo de este mundo y me voy al mundo venidero: la perdono todas las cosas duras que ha proferido contra mí de palabra y por escrito, y, por consiguiente, espero que él obrará del mismo modo y te enseñará; per-

<sup>9</sup> Este Iṣḥaq bar Baruk fue abuelo materno del cronista judío tantas veces citado, según él consigna.

manece con él, porque yo sé que te hará muchísimo bien y te adoctrinará con todo corazón». Así lo hizo el joven, después de sepultar a su padre, y R. Iṣḥaq al-Fāsī, al oírle, se puso a llorar, aumentando con ello las lágrimas del huérfano, al que prometió sería como un padre. En efecto, con él permaneció el joven hasta que aprendió todo el Talmud. «Fue uno de los más ardientes sostenedores de la doctrina de al-Fāsī y una de las más claras glorias de la Academia de Lucena», en frase de Amador de los Ríos.

Refiriéndose a Lucena en la época que estamos historiando —siglo XI— afirma Mošé ibn ‘Ezra que «era por antonomasia la ciudad de la poesía, por el número de poetas que produjo»<sup>10</sup>. Astro de primerísima magnitud en el cielo de la poesía hebrea medieval fue Selomó ibn Gabirol (1020-1057), oriundo de Córdoba, nacido en Málaga y formado intelectualmente en Zaragoza. No es del caso ponderar sus grandes méritos y excelencias ni verificar el alarde de sus obras geniales. Únicamente queremos recoger el testimonio de Mošé ibn ‘Ezra respecto al lugar de su muerte, que alguien afirmó tuvo lugar en Valencia, pero él sostiene fue «en Lucena, donde fue enterrado, cuando acababa de cumplir los treinta años».

Entre los poetas de esa generación cuenta a varios de Lucena: R. Leví ben Mar Saul, hijo, al parecer, del antes citado Mar Saul, así como también Mar Abbun ben Sarada, que después moró en Sevilla, y Abū-l-Rabī ben R. Baruk.

El soberano almorávide Yūsuf ibn Tašufin, que en 1086 había obtenido sobre los cristianos una resonante victoria en Zalaca, decidióse cuatro años después a invadir la Península y adueñarse del mosaico de estados de taifas que formaban la España musulmana, llamado y apoyado por los intolerantes alfaquíes, que habían declarado a los príncipes musulmanes a la sazón reinantes, «libertinos, disolutos e impíos». Ocurrió por entonces que Yūsuf, instigado por un alfaquí cordobés, el cual pretendía haber encontrado entre los escritos de Ibn Masarra una tradición según la cual los judíos se habían comprometido a abrazar el islamismo, al terminar el quinto siglo de la Hégira (622-1122), si entre tanto no había aparecido el Mesías esperado, se dirigió contra Lucena,

<sup>10</sup> Más adelante adjudica también a Sevilla el honroso título de «ciudad de la poesía».

sin duda como la ciudad de mayor prestigio y autoridad en las letras y las ciencias, y también la más acaudalada, e intimó a sus habitantes el cumplimiento de ese supuesto compromiso secular, contraído por sus antepasados. «Grande fue la consternación entre los judíos de Lucena —escribe el orientalista holandés R. Dozy<sup>11</sup>—; pero, felizmente para ellos, les quedaba un recurso para salir de tan apurado trance. En el fondo, la ofensiva no iba contra su conciencia o su fe, sino contra su dinero; eran considerados como los judíos más ricos del mundo musulmán, y el gobierno contaba con ellos para enjugar el déficit originado en el erario por la abolición de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban y, en consecuencia, dirigiéronse al cadí de Córdoba Ibn Ḥamdīn, en súplica de que accediera a interceder por ellos cerca del soberano. No nos atreveríamos a afirmar que el cadí les prestara gratis este servicio; pero el hecho es que persuadió al monarca a que se contentara con una erogación pecuniaria. Ciertamente que la suma era enorme; mas, en tan críticas circunstancias, los judíos hubieron de considerarse afortunados al verse libres mediante un sacrificio dinerario».

De este modo pudo la aljama lucentina continuar durante unas décadas su vida de prosperidad y cultivo de las letras. Peor suerte tuvieron los mozárabes. Durante este período los judíos fueron escalando puestos eminentes en la corte y la admiración pública como médicos, dignatarios, intendentes, etc., y brillaron muchos hombres conspicuos en el campo de las letras<sup>12</sup>.

También hace mención el preceptista granadino entre la pléyade gloriosa de poetas que desfilaron por Lucena, de su propio hermano primogénito Abū Ibraīm Ishaq. «Pudo distinguirse —dice— por la belleza de sus poesías y suavidad de sus composiciones, porque se había aplicado arduamente en la literatura de los árabes. Murió en Lucena el año 1121». Había sido el primer maestro de su ilustre hermano, y, como toda su familia, tuvo que huir de Granada cuando la ocuparon los almorávides.

El egregio cantor de las Siónidas, Yehudá ha-Leví (1075-1161

<sup>11</sup> *Histoire des musulmans d'Espagne* (nouvelle éd. par L. Provençal), 1932, III, p. 159.

<sup>12</sup> AMADOR DE LOS RÍOS, I, págs. 299-302, hace un entusiasta recuento de las glorias de Lucena en este período, incluyendo a los nativos y a los que allí se formaron.



ó 1178), el mayor poeta lírico de la España judaica, en sus peregrinaciones por los centros culturales de Andalucía es muy probable —afirman algunos autores y otros lo dan por seguro— que residiera algún tiempo en Lucena asistiendo a las enseñanzas de al-Fāsī y tomara parte en las justas poéticas a la sazón tan en uso y en las que tantos triunfos cosechó por sus prodigiosas facultades de improvisación y fácil vena poética.

El último de los poetas lucentinos que Ibn ʿEzra cita, ya en pleno siglo XII, es Abū Zakariyya ibn Gayyāt —no sabemos si hijo del antes mencionado R. Iṣḥaq, «el maestro Gayyāt»—, del cual dice que «moró después en Granada, y sus poesías son de mucha originalidad y él dotado de profundos conocimientos literarios». Yehudá, que le apreciaba mucho, compuso cuatro poemas en su honor. Con él se cierra el ciclo de los poetas conocidos naturales de Lucena.

También el gran polígrafo Abraham ibn ʿEzra (1090-1167), natural de Tudela, pasó parte de su juventud en el ambiente culto que se respiraba en Lucena.

Hubo asimismo preclaros hijos espirituales de aquella Academia que ejercieron altos puestos en otras aljamas, como Abū Selomó ben Mohaýar, rabino en Granada, y Abū Yosef Ṣaddīq ben Ṣaddīq, que lo fue en Córdoba. Lucena era un verdadero seminario de varones ilustres, rectores de las comunidades y portaestandartes de la cultura y Bellas Letras.

Durante todo este tiempo el jefe de la Academia de Lucena fue R. Yosef bar Meir ha-Levi ibn Migaš (1077-1141), oriundo de Granada y que estuvo en Sevilla. Fue el sucesor de al-Fāsī, y antes discípulo suyo durante 14 años, «estudiando día y noche». Ocupó la silla por espacio de 38 años, hasta su muerte,

«durante todos los cuales —dice Abraham ben David— su ley, su fe y su fama se divulgaron desde España a Egipto, Babilonia y a todos los países, agregando a su gran sabiduría sus virtudes, que atestiguan de él era del linaje de Moisés, nuestro maestro (con él sea la paz). Fue muy humilde, más que nadie, y Dios le dio magnanimidad de corazón; fue progresando en las virtudes y perdonó la iniquidad. Dios le recompense todo el bien que hizo a Israel.»

Sucedió a al-Fāsī, por deseo expreso de éste, manifestado en carta por extremo laudatoria, a los veintiséis años de edad, lo

cual dice mucho en favor del talento y dotes extraordinarias de Ibn Migaš, máxime teniendo en cuenta que al-Fāsi había dejado un hijo notable asimismo por su erudición. No faltaron miembros de la comunidad que protestaron de esa elección, pero R. Yosef logró imponerse, y su triunfo fue conmemorado por el eximio poeta Yehudá ha-Leví, el cual dedicó al eminente maestro varios otros poemas. Entre sus numerosos discípulos merece especial mención Maimún, que fue *dayyán* de la comunidad de Córdoba y padre del celeberrimo Maimónides. Algunos<sup>13</sup> pretenden asimismo que éste recibió enseñanza del maestro de su padre, pero teniendo en cuenta la fecha de nacimiento del gran polígrafo cordobés (1135) y la del fallecimiento del rabino de Lucena (1141), aparte de residir éste en su ciudad y la familia de aquél en Córdoba, parece imposible admitir tal suposición. De todos modos se trasluce la admiración del padre con respecto al sabio maestro y el gratísimo recuerdo que de él conservaba, al que con frecuencia mencionaría, por este juicio encomiástico que Maimónides nos ha dejado: «La erudición talmúdica de aquel hombre dejaba estupefactos a todos los que eran capaces de comprender sus palabras y la profundidad de su espíritu filosófico, hasta el extremo de que casi pudiera afirmarse no ha tenido igual jamás». Vemos, pues, que si no de un modo directo y personal, al menos mediatamente a través de la enseñanza paterna, Maimónides se benefició de la vasta y profunda sabiduría del maestro lucentino.

Abraham ben David afirma asimismo con respecto a éste que «no hubo en su tiempo quien le igualara», y con él cierra la «tercera generación del rabinato» y las 38 generaciones que en total abarca su *Libro de la tradición*, desde los tiempos de los profetas Ageo, Zacarías y Malaquías, es decir la época de la Gran Sinagoga que se organiza después del retorno de la cautividad babilónica.

«Después de la muerte de R. Yosef ha-Leví (Ibn Migaš), el mundo quedó privado de las academias de la sabiduría, pues aunque R. Meir, su hijo, y R. Meir, sobrino suyo, fueron sus discípulos y poseedores de su tradición y grandes sabios, ciertamente, «ante la calamidad es recogido el justo» (Is. 57<sup>1</sup>).

<sup>13</sup> Por ejemplo, S. ZEITLIN, en su obra *Maimonides, a biography*, New York, 1935, pág. 1.

En efecto, la tragedia se cernía sobre el horizonte de los judíos que moraban en territorio hispano-musulmán, como a renglón seguido refiere el mismo cronista con tetricos colores. El fanatismo almohade —«el azote» llaman los cronistas judíos a esta invasión— puso en trance de emigrar o morir a cuantos rehusaban convertirse al mahometismo, siquiera fuese observando en secreto la religión de sus mayores, como no pocos hicieron, entre ellos la familia de Maimónides, que al fin tuvo que emigrar de España. La mayoría optó por acogerse al asilo protector que les brindaron los reinos cristianos del Norte peninsular y Mediodía de Francia, con lo cual se produjo un éxodo que dejó desoladas y yermas las aljamas judaicas de la España musulmana. Las academias de Sevilla, Granada y Lucena fueron clausuradas.

Por estas luctuosas circunstancias «no pudieron los hijos de R. Yosef —prosigue nuestro cronista— sostener las academias, y emigraron como jefes de los desterrados a la ciudad de Toledo, donde procuraron formar discípulos, según sus facultades, lo que Dios consintió por su medio. Ellos fueron los últimos sabios del Talmud en este tiempo». Esto acaecía en los últimos años de la primera mitad del siglo XII. Algo más de sesenta años hacía que la «imperial» Toledo había sido reconquistada por las tropas cristianas acaudilladas por Alfonso VI de Castilla. Los fugitivos sabios de Israel se acogieron a la magnanimidad del nieto de este soberano, Alfonso VII Raimúndez (1126-1157). La gloria de Lucena se había eclipsado para siempre.

Abraham ibn 'Ezra, antes mencionado, puente entre el judaísmo de la España musulmana y el de los reinos cristianos de España y países europeos, lloró en una conmovedora *qíná* la ruina total de las aljamas españolas y magrebíes por obra de la persecución almohade. La primera estrofa de esta elegía la dedica precisamente a Lucena, de la que sin duda conservaba gratísimo e imperecedero recuerdo, y en las siguientes menciona a Sevilla, Córdoba, Jaén, Almería, Mallorca, Málaga y diversas ciudades del imperio magrebino<sup>14</sup>. Oigamos los sentidos acentos de esta endecha, que hemos traducido en verso castellano.

<sup>14</sup> Es el núm. 108 de la antología contenida en la obra de J. MILLÁS, *La poesía sagrada hebraicoespañola*, y núm. 126 de la edición de Brody-Albrecht.

Véase un breve apunte bibliográfico acerca de esta primera parte de la elegía en

*¡Ay! del cielo abatióse el infortunio  
 sobre ti, Sefarad,  
 Y duelo en Occidente: yo desmayo,  
 mis ojos son raudal.*  
 De mis ojos el llanto inextinguible  
 es duelo por Lucena:  
 Pura, incontaminada allí vivió  
 la diáspora hebrea.  
 Sin azar, en el curso de un milenio  
 feliz y siete décadas<sup>15</sup>;  
 Mas llegó aciago día, huyó su gente  
 y viuda ya se queda,  
 Sin Ley, sin escritura sacrosanta;  
 la Mišná su luz vela  
 Y el Talmud se ha trocado en campo yermo,  
 se extinguió su belleza.  
 Turba homicida codiciando asiento  
 a questo lugar llena.  
 El sagrario de preces y alabanzas  
 es ya mansión frenética,  
 Y el bárbaro extranjero allí ha ultrajado  
 de Dios la Ley excelsa.  
 Convulso, ante esto, lloro, y en mis labios  
 sólo hay doliente endecha,  
 Y exclamo sin reposo: Quién me diese  
 llorar, llorar sin tregua.  
*¡Ay! del cielo abatióse...*

En realidad la Academia gloriosa de Lucena no murió entonces, sino que se transplantó a las riberas del Tajo. En la cultura, como en todas las actividades humanas de cualquier orden que sean, el factor «hombre» es el principal, aun cuando sirvan

*Sefarad*, XIII (1953), págs. 112-114: *Elegía de Abraham ben Ezra a la toma de Lucena por los almohades*. El título pudiera inducir a creer se trata de una composición especial, tanto más que para nada se menciona la elegía *Por la ruina de las comunidades judías de España y Africa, causada por los almohades*, de la cual se ha desglosado dicha primera estrofa.

<sup>15</sup> Esta cifra de 1.070 años, que a algunos parece enigmática —cfr. referencia anterior a *Sefarad*, XIII, pág. 113—, creemos da la fecha aproximada de la conquista de la ciudad, adicionando los 70 años correspondientes a la data de la Diáspora después de la toma de Jerusalén por Tito.

de poderoso estímulo y eficaz ayuda el ambiente favorable y las circunstancias propicias. R. Meir, hijo de R. Yosef ibn Migaš, último gran rabino de Lucena, abrió una academia talmúdica en Toledo, que pronto se convertiría en un centro radiante de alta cultura judaica y del saber árabe. De este modo la capital castellana, al recibir aquel legado milenar, vino a ser espiritualmente hija de la antaño cultísima Lucena y demás prestigiosas academias judaicas del Mediodía de España.

Bajo la sabia orientación y poderoso valimiento del arzobispo de Toledo y Gran Canciller de Castilla don Raimundo (1130-1150) se organizó el famoso *Colegio de traductores de Toledo*, que sirvió de vehículo a las obras maestras del saber árabe y hebreo para su introducción en la Europa cristiana. La importancia que este centro y su continuadora la no menos celebrada *Escuela alfonsina de traductores*, que el Rey Sabio (1252-1284) fundaría en la misma ciudad un siglo después, ha sido transcendental para la cultura occidental. Como antecedente obligado es de justicia pasar a Lucena su tanto de gloria.

No deja de ser curioso que otro arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, gran amante de la cultura e historiador, arrebatará a Lucena del poder de los almohades el 23 de abril de 1240, con tropas del Rey Santo Fernando III. Parece como si al sabio prelado le acuciara el afán de encontrar en aquella antigua sede famosa de la ciencia hebrea, que llevó sus Penates fugitivos a Toledo, algunos vestigios del pristino esplendor. Ignoramos si tuvo la gran fortuna de encontrarlos, aunque nos parece poco probable, dadas las circunstancias en que desapareció aquella floreciente aljama. En caso afirmativo, los recogería como preciadas reliquias, que llevaría a la *dives toletana*. Más verosímil parece que sólo encontrarse piedras centenarias, testigos dolientes de la antigua grandeza y posterior desolación, o tal vez hasta las ruinas habían perecido —*etiam periere ruinae!*—, aventadas por el furor almohade.

El hecho es que, parodiando la conocida endecha a Granada, podríamos también decir:

*Lucena, Lucena,  
de tu poderío nada ya nos queda...*

Mas, aunque el huracán de las guerras, assoladoras invasiones y vesania almohade aniquilaran aquella magnífica ciudad, alcázar de la sabiduría y pensil de las Bellas Letras, su recuerdo flota, al cabo de los siglos, en el ambiente y perfuma las páginas de la Historia, como un ejemplo imborrable y alentador para las futuras generaciones<sup>16</sup>.

*David Gonzalo Maeso*

---

<sup>16</sup> En la revista *Sejarad*, XIII (1953), págs. 343-354, puede verse una sucinta noticia acerca de *La judería de Lucena*, por F. Cantera. El autor nada apenas dice sobre lo que constituye el blasón principal de esta ciudad en su época de esplendor, su famosa Academia y personajes ilustres que la enaltecieron. Limitase a esporádicas indicaciones sobre lo que consignaron algunos escritores árabes (Al-Idrīsī, Ibn al-Jatīb, *Memorias del rey granadino «Abd Allah»*) y algunas referencias de historiadores españoles, como Garibay (1628); Bernardo de Aldrete, en su *Origen de la lengua castellana* (1606); Fernando José López de Cárdenas, en sus *Memorias de la ciudad de Lucena y su territorio* (1777), y varios otros historiadores lucentinos de escaso relieve. Los datos que éstos aportan en relación con nuestro tema se reducen a las fantásticas leyendas —aunque no las admitan— relativas a la fundación de Lucena, y a consignar escuetamente que en ella hubo «Universidad de Letras hebreas».

El autor de dicha nota, como resultado de su visita a la ciudad, hace constar, «por chocante que sea» —dice—, que no queda en ella el menor rastro de la antigua y floreciente aljama. Y añade esta aseveración de un lucentino: «Es como si hubiera habido un deliberado propósito de borrar todo rastro de ello, bien por prejuicio racial u otras causas que desconozco». En realidad, no es extraño, teniendo en cuenta que los almohades, como queda dicho, aniquilaron por completo en 1148 —hace ocho siglos— aquella judería. Suerte pareja corrió la de Granada, hace cuatro siglos y medio, al ser conquistada la ciudad por los ejércitos cristianos. Del barrio hebreo no queda piedra sobre piedra; apenas el recuerdo de su antiguo emplazamiento. Algo semejante ocurre en la historia de otras muchas ciudades españolas. Las causas son múltiples, y no es la menor la falta en las comunidades judaicas españolas de esos grandiosos monumentos arquitectónicos que desafían el poder destructor de los siglos y del hombre, como también la ausencia del factor humano como conservador y transmisor de la herencia del pasado, al desaparecer dichas comunidades.